

Publica «Tiene que ser aquí»

Maggie O'Farrell: «El matrimonio nunca se limita a dos personas»

SERGI DORIA BARCELONA

Maggie O'Farrell no es una recién llegada a la Literatura, aunque sus obras no se conocían en España. Autora de siete novelas -una de ellas, «The Distance Between», premio Somerset Maugham, 2004-, acaba de publicar «Tiene que ser aquí» (Libros del Asteroide en castellano/L'Altra en catalán): la trayectoria de una pareja a través de las personas que les conocieron. La razonable felicidad de Daniel

Sullivan y Claudette Wells, una estrella de cine que dejó de serlo, se resquebraja cuando Daniel retome el contacto con una mujer a la que conoció veinte años atrás...

La idea de la novela surgió en dos fases, explica la autora: «Estaba en Londres escribiendo en un café acompañada de mi hija pequeña cuando se sentó a mi lado una artista muy popular asediada por sus fans... Si yo me encontrara en su situación fingiría mi

propia muerte y desaparecería: lo malo es que aunque cambies de sitio sigues siendo tú... No puedes huir de ti mismo». O'Farrell imaginó también un hombre que escucha la radio y oye la voz de su ex amante al mismo tiempo que el locutor anuncia la muerte de esta. Las dos mitades convergieron en esta novela sobre nuestras «mochilas» sentimentales: «El matrimonio nunca se limita a dos personas: están los hijos naturales, los adoptados, los ex amantes, los amigos... De ahí la polifonía».

Polifonía y mezcla los géneros: «Al ser tan compleja la hube de planificar con esquemas, chinchetas clavadas en un corcho y post-its de colores... Pero un día apareció mi hijo con un

amasijo de post-its en la mano, y hube de replantear situaciones y personajes», comenta la autora. Los hijos pueden determinar el destino conyugal, subraya O'Farrell: «En muchos casos, tener niños es una manera de redimirse de las malas decisiones. Pueden unir a la pareja o ser un factor de ruptura». Norirlandesa de nacimiento y residente en Edimburgo, es inevitable no preguntar a la escritora sobre el Brexit: «Al conocer el resultado, con el corazón en un puño, contacté con la embajada irlandesa y pedí la nacionalidad para mis hijos, que puedan estudiar y moverse por toda Europa. Las fronteras empujan al país y un país más pequeño es peor».